

AYUNTAMIENTO DE MADRID

APÉNDICES

AL INFORME EMITIDO POR LA COMISIÓN
ESPECIAL ENCARGADA DEL ESTUDIO Y
REORGANIZACIÓN DE LA INDUSTRIA
PANADERA



MADRID
IMPRESA MUNICIPAL

1925

APÉNDICES

AL INFORME EMITIDO POR LA COMISIÓN
ESPECIAL ENCARGADA DEL ESTUDIO Y
REORGANIZACIÓN DE LA INDUSTRIA
PANADERA



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL
—
1925

CONCLUSIONES

QUE FORMULA EL VOCAL QUE SUSCRIBE, DE LA COMISIÓN MUNICIPAL ENCARGADA DEL ESTUDIO DEL PROBLEMA DEL PAN, EN DEFENSA DE LA LIBERTAD DE INDUSTRIA

Las leyes fundamentales del Reino, y con singular esmero los Códigos Civil y de Comercio, proclaman al unísono la libertad de industria y de comercio sin cortapisa alguna. Sería ofensa grave a la reconocida ilustración de los componentes de la Comisión citar textos y artículos, ya que nadie ha puesto en tela de juicio que la libertad de industria es un derecho reconocido y sancionado por nuestra legislación positiva.

En el campo de la teoría florece con ubérrima frondosidad idéntica tesis. Las más variadas y opuestas doctrinas económicas avalan, con absoluta unanimidad, el principio de la libertad, por reunir el máximum de ventajas para el consumidor esencialmente, alrededor de cuyos intereses y derechos giran todas las teorías modernas, salvo la socialista y comunista, que, si bien tienden al mismo fin, definen como tal consumidor al Estado.

Pero en el terreno de las realidades no halla tampoco el que suscribe, ni razones fundadas, ni seria argumentación contra la tesis sostenida, ya que la crítica deleznable y absurda que de la misma se ha hecho obedece, no a la consideración del fracaso del principio de libertad de industria, sino a la lamentable confusión entre tal principio y el sistema que ha venido rigiendo en la industria panadera de Madrid, que ha sido precisamente la negación más absoluta y el entorpecimiento constante a tal libertad.

LA SITUACIÓN DE LA INDUSTRIA.—Nadie, con criterio imparcial y sereno, y con pleno conocimiento de la situación, puede afirmar, sin evidente apasionamiento, que la industria panadera ha vivido hasta el momento actual un régimen de libertad.

La intervención de las Autoridades en la fijación del precio y del margen diferencial fué en muy pocas ocasiones justa y razonable. Unas veces, el interés político de la situación autorizó la merma en el peso, que para evitar las altas correlativas al mayor precio de las harinas, o para la captación de fáciles devociones en períodos electorales, fué origen del lógico desprestigio de los industriales. Otras, el afán de relumbrantes méritos personales, como oposición a más altos puestos, impuso bajas antieconómicas y absurdas, sin más resultado que arruinar a los industriales, o colocarles al margen de la ley, sin que el propósito prosperase a la larga; pues siempre la ley de la vida en sus fundamentos económicos exige el acatamiento de la realidad.

Por otra parte, la limitación desproporcionada en la producción del trabajo manual, las normas y restricciones impuestas por una táctica sindical, y desgraciadamente consentida por los elementos industriales, la constante norma de supeditar los intereses de la producción a las conveniencias societarias, llegando en ello a los mayores despropósitos, fueron obstáculo insuperable que se opuso a todo normal desenvolvimiento y progreso industrial.

Añádase a lo expuesto la inverosímil distribución y excesivo número de puestos dedicados a la reventa, que gravan cuatro céntimos el kilogramo de pan, y contra lo que han sido inútiles los esfuerzos de la industria por su desaparición, ya que en la lucha por conseguirlo no tuvieron más que descalabros y el acrecentamiento de la entrada en Madrid del pan fabricado en los pueblos comarcanos, cuyas condiciones de salubridad e higiene sobradamente conoce la Comisión.

Para que se advierta la importancia de tales obstáculos, véase lo ocurrido con lo que se llama falta de espíritu y de iniciativa en el elemento patronal, en lo referente a la instalación de maquinaria moderna en las fábricas.

Las máquinas tienen por objeto la sustitución del esfuerzo del hombre por el esfuerzo mecánico, procurando el mayor perfeccionamiento en el trabajo, la simplificación del mismo, y, por lo tanto, reducir a la mínima expresión el elemento mano de obra. Pero la limitación de producción impuesta por los elementos obreros, el mantenimiento del mismo personal en las cuadrillas con maquinaria o sin ella, imposibilita por completo la adquisición e instalación de nuevas máquinas, con las que únicamente se conseguiría un aumento del capital industrial y un acrecentamiento de los gastos generales de la industria, pero sin conseguir la correlativa simplificación de trabajo y disminución de la mano de obra.

En tales condiciones, ¿qué estímulo puede sentir la industria para mejorar su *outillage*? ¿No constituye lo expuesto, al contrario, un estímulo para no intentar tal mejoramiento?

La realidad de varias tahonas instaladas con los últimos perfeccionamientos en la maquinaria, demuestra la triste y lamentable certeza de tales afirmaciones. No es, pues, de extrañar no estimen los industriales suficientes las promesas vagas e indeterminadas dadas por la representación obrera en el seno de la Comisión de una mayor producción y rendimiento el día que variasen las condiciones de las tahonas; promesas que tan apresuradamente aceptaron como suficientes algunos señores Vocales, que, sin embargo, tan implacables se manifiestan al apreciar el valor de las afirmaciones de la industria.

LOS CONFLICTOS SOCIALES.—Se arguye contra la libertad de industria por la facilidad con que en tal sistema se producen huelgas y conflictos que originan hondas perturbaciones para el consumo. No alcanzamos a comprender que esos conflictos sociales, promovidos siempre en la industria panadera por los elementos obreros, dejen de existir cuando la industria se halle o concentrada en pocas manos o en una sola por la municipalización directa o subrogada. Téngase en cuenta que en todos los conflictos habidos hasta el momento actual la intervención de la Autoridad imponiendo una solución arbitraria algunas veces, cuando ya desistían los propios obreros de proseguir la lucha, fué siempre en perjuicio del público

consumidor, que vió gravado el precio del pan como resultado de dicha intervención.

Pero lo que no ocurrió jamás es que quedase desabastecida la Villa y Corte de producto tan indispensable para la vida, porque todas, absolutamente todas las pequeñas tahonas de Madrid siguieron fabricando pan, ya que los industriales, sus familiares, obreros libres y cuantos demás elementos coadyuvaron a la empresa sustituyeron con exceso la labor de los obreros huelguistas.

Caso de llegar a una concentración o a una municipalización de la industria, ¿puede nadie creer que tal sustitución podría realizarse por los Gerentes y personal técnico y administrativo de la Empresa? Comprendemos perfectamente que la representación obrera, para quienes será siempre un obstáculo infranqueable en el camino de la violencia que impone siempre la masa el fraccionamiento de la industria, intente combatirlo atisbando la ventajosa situación que han de obtener sus organizaciones sindicales en luchas futuras, cuando sean los árbitros que decidan del abastecimiento de la población, y les baste la amenaza de utilizar el recurso de la huelga para obtener de ella óptimos frutos. Pero nos causa indescriptible sorpresa oír de otros Vocales, alejados de tales propósitos, la afirmación de que la libertad de industria es causa de tales conflictos, que en cualquier otro sistema no se producirían.

EL PRECIO DEL PAN.—Repetimos, antes de articular nuestras conclusiones, la afirmación clara y terminante de que el único sistema de organización industrial que ha de permitir mantener el precio del artículo a un minimum de coste es el de la libertad de industria.

Las pequeñas tahonas permiten una asidua, constante e ininterrompida intervención del industrial y de sus familiares en todas y cada una de las faenas que se realizan para la producción del pan. Tienen en grado máximo el interés, la competencia, el afán de lucro, la iniciativa, el estímulo del ahorro y aprovechamiento de primeras materias, etc., etc. Su intervención personal sustituye la de dos o tres operarios; desaparecidos esos elementos, y forzosamente desaparecen en las grandes fábricas, será causa indiscuti-

ble del encarecimiento de los gastos generales de la producción, y así nos demuestra la experiencia que siempre, en todo tiempo, han podido producir los pequeños industriales en condiciones más favorables que las grandes Empresas o Compañías.

EL PELIGRO DE LA CONFABULACIÓN.—Razón primordial para combatir la libertad de industria ha sido para algunos señores Vocales la facilidad que existe en un régimen de libertad para una confabulación de los elementos industriales. Tampoco se nos alcanza por qué ese peligro ha de ser exclusivo de un régimen de libertad, ni tampoco cómo es posible que existan más dificultades para tal confabulación en un sistema en que subsistan sólo cuatro, veinte, cincuenta Empresas, que en otro de cerca de doscientos empresarios.

Con evidente falta de exactitud se dice que existe hoy una confabulación en el precio del pan. Los hechos demuestran lo contrario: el precio del pan candeal lo determina la Junta provincial de Abastos, con un margen diferencial a todas luces insuficiente para cubrir los gastos de producción, de modo que, lejos de existir tal confabulación en dicha especialidad, sólo se advierte un incomprensible acatamiento a las disposiciones emanadas de las Autoridades. En el pan llamado de lujo, la concurrencia entre los industriales es enorme, y no rigen para ellos ni unidad de precios ni normas que combatan o aminoren esa competencia que, por defectos del sistema, solamente aprovecha y beneficia a los revendedores del pan, sin que el público obtenga beneficio alguno, pero que lógicamente hace discurrir que desaparecidas las trabas anteriormente expresadas, en un régimen de verdadera libertad de industria, esa competencia industrial habría de redundar forzosamente en provecho del consumidor.

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS TAHONAS.—Se dice que fruto del actual sistema de libertad es el estado lamentable en que se hallan las tahonas de Madrid. Ni la premisa es cierta, ni la conclusión es admisible. Una industria acogotada bajo el dogal del relatado sistema de trabajo, esclavizada bajo el régimen de reventa y reparto, a merced de las veleidades y significación política de las Autoridades

locales, siendo blanco de todos los fuegos concentrados de la pasión, vejada, atropellada, arruinada, no es una industria libre. La situación actual de las tahonas es el efecto, precisamente, de la falta de libertad, y contra tal afirmación, repetidamente sostenida en el seno de la Comisión, no ha podido prevalecer ni un solo argumento, pues la realidad, en muchos extremos de los expuestos, ha sido reconocida por el mismo representante del sector obrero.

EL CONCEPTO DE LIBERTAD.—Aun cuando no advertimos motivos suficientes para que la industria panadera sufra y haya de sufrir esa constante intervención del Poder público en todo aquello que no afecte al interés general, nosotros aceptamos que, tratándose de un artículo de primera necesidad, las Autoridades prodiguen su asistencia para determinar un precio justo y equitativo al pan llamado de familia. Pero tal determinación no puede quedar al arbitrio de una Autoridad que, sujeta a los vaivenes constantes de la política, puede causar quebrantos a la economía industrial, quebrantos que en ocasiones serán enormes en provecho exclusivo de sus aspiraciones. Procede que una Comisión técnica, ajena por completo a toda influencia partidista, determine concienzuda y minuciosamente el margen diferencial necesario entre el precio de la harina de candeal y el precio del pan de familia, y que, hecha tal determinación, quede señalado para siempre el precio del pan que automáticamente sufrirá las alteraciones del precio de la primera materia, sustrayendo definitivamente tal problema al empirismo y a la arbitrariedad.

LA CUESTIÓN DEL TRANSPORTE.—El reparto del pan es factor esencialísimo que, según la resolución que en el problema se adopte, influirá en el precio del pan para encarecerlo o abaratarlo.

Téngase en cuenta que tal transporte ha de efectuarse en el plazo máximo de una hora, puesto que el período comprendido entre la hora en que termina la fabricación y la en que comienza la venta no alcanzan mayores límites. La existencia de buen número de tahonas, al acortar distancia, facilita y simplifica ese reparto. La disminución de tahonas lo dificulta extraordinariamente, pues la afirmación de que cuatro o cinco grandes fábricas podrían distri-

buirse por distrito el territorio de su suministro, es desconocer que efectuado el transporte mecánicamente, el gasto de locomoción, conductor del carruaje y obrero encargado de la entrega encarecería el reparto mucho más que lo está en la actualidad, puesto que en circulación un extraordinario número de vehículos, con paradas constantes en su marcha, originaría el pago de gran número de jornales por un trabajo reducido a una o dos horas de jornada.

Por ello sentamos la afirmación de que la cifra total de gastos generales que se ahorraría la industria, concentrada en grandes fábricas, alejadas del centro de Madrid y situadas forzosamente (valor de solares, Ordenanzas municipales, etc., etc., así lo exijan) en la periferia, sería superada con exceso con el acrecentamiento del precio del transporte.

Expuestas las anteriores consideraciones, y adjuntando a ellas en forma de anejo los datos interesados por varios de los señores componentes de la Comisión, el Vocal que suscribe formula, concretando su tesis sobre la libertad de industria, las siguientes conclusiones:

I. Entiéndese por libertad de industria el libre establecimiento de tahonas y fábricas de pan, organizadas, dirigidas y administradas con plena facultad por sus dueños, gerentes o directores, sin más limitaciones que la determinación del precio del llamado pan de familia, con arreglo al margen diferencial acordado por una Comisión técnica, adaptándose tales tahonas a las condiciones de salubridad, sanidad e higiene que determinan las Ordenanzas municipales y con un mínimo de producción compatibles con las necesidades del consumo.

II. Elemento indispensable para el ejercicio de tal libertad es el escrupuloso respeto al principio de libertad de trabajo, a fin de que los obreros, sin sujeción a disciplinas dañosas a la producción, den el máximo de rendimiento (y perciban un salario proporcional al mismo), sin más limitaciones que las impuestas por las leyes sociales y por la misma naturaleza del trabajo que realizan, respetándose el indiscutible derecho del patrono para que, dentro del

cuadro de las leyes, organice el trabajo en la forma que estime más conveniente.

III. Con objeto de evitar la subsistencia de elementos parasitarios de la industria, que con su intervención gravan en perjuicio del consumidor el precio del pan, debe limitarse la existencia de puestos de reventa al número estrictamente necesario para la distribución al público del pan de todas clases, a base de dos puestos por horno de pan, siendo dichos puestos propiedad de los mismos tahoneros e indemnizándose a los actuales dueños de los puestos que deban suprimirse en la cuantía que se fije, con idéntico criterio para todos, a base de la cantidad de pan que cada puesto consuma.

IV. Con arreglo a la nueva organización de la industria y de la venta del pan en Madrid, se organizará, con intervención del Municipio, un sistema de reparto que permita reducir al mínimo gasto tal reparto.

V. Se estudiará y adoptará un modelo municipal de tahonas que contenga las mínimas condiciones de higiene, salubridad, maquinaria y sistemas de producción, debiendo todas las tahonas de Madrid adaptarse, en el plazo que se fije, a tales condiciones, clausurándose definitivamente aquellas que, transcurrido el plazo señalado, no se hallasen adaptadas al referido modelo municipal.

VI. Se designará una Comisión integrada por representaciones del Municipio y de la industria para que cuide, organice y lleve a cabo las anteriores bases, resolviendo cualquier duda, incidencia u obstáculo que surja en la realización del propósito.

VII. El pan se venderá al peso en los mostradores, completándose las diferencias que puedan existir entre el peso de cada pieza y el peso legal con piezas de pan de flama o trozos de pan del kilogramo, debiendo efectuarse el peso con toda exactitud, imponiendo severas sanciones contra los que contravinieren tal precepto.

VIII. Una Comisión técnica de reconocida e indudable competencia determinará el régimen diferencial entre el precio de la harina y el del pan de familia, teniendo en cuenta el rendimiento de las harinas, los gastos generales de producción, la amortización de maquinarias, intereses del capital, gastos de distribución y benefi-

cio industrial, sin que pueda la Autoridad alterar dicho margen diferencial, que será revisado periódicamente, cuando sufran sensible alteración las condiciones de la industria.

IX. La Comisión encargada de dar cumplimiento a las presentes bases fomentará y propagará cuantos medios, sistemas y procedimientos de organización industrial estime convenientes para el mayor desenvolvimiento de la industria, propugnando por el mejoramiento del *outillage* y cuando tienda a abaratar y perfeccionar los gastos de producción del pan.

Madrid, 5 de febrero de 1925.—TOMÁS BENET.

SAN SEBASTIÁN

Costo de los artículos y factores que integran la industria de fabricación de pan, y que gravan sus gastos generales, a base de una elaboración de 2.000 kilogramos.

	Costo en céntimos por kilogramo de pan
Combustible.....	0,02125
Contribución industrial.....	0,00050
Alquileres.....	0,00750
Jornales de fabricación.....	0,04425
Idem de distribución.....	0,01500
Sueldo de un contable.....	0,00350
Fuerza motriz.....	0,00200
Agua.....	0,00020
Sal.....	0,00200
Útiles, entretenimiento y conservación.....	0,00050
Aceites, grasas, correas, etc.....	0,00025
Alumbrado.....	0,00025
Imprevistos.....	0,00075
Intereses y amortización.....	0,00288
Seguros de incendios y accidentes.....	0,00170
Quebranto de moneda....	0,00025
Morosos y falta de pago.....	0,00137
Beneficio industrial.....	0,01000
TOTAL.....	0,11415

MADRID

Costo de los artículos y factores que integran la industria de fabricación de pan, y que gravan sus gastos generales, a base de una elaboración de 850 kilogramos de harina, que son 977 de pan.

	Costo en céntimos por kilogramo de pan
Combustible.....	0,01637
Contribución y otros impuestos.....	0,00307
Alquileres.....	0,01330
Jornales de fabricación, incluida la ración de pan y el consumido en el taller.....	0,08855
Idem de administración y reparto, ídem íd. íd.....	0,04237
Fuerza motriz y luz.....	0,00409
Sal.....	0,00150
Conservación del motor, maquinaria, seguro de incendios y accidentes del trabajo.....	0,00409
Gastos imprevistos y desperdicios de pan.....	0,00511
Interés al capital.....	0,00510
Arreglo de cestas, esportones, palas, maseras, estufas, etc.....	0,00307
Quebranto de moneda.....	0,00600
Beneficio industrial.....	0,01000
TOTAL.....	0,20162

Cuadro de jornada y jornales que rigen actualmente en las fábricas de pan para los obreros candealistas

Pesetas

1.º Por menos de 541 kilos o panes, cuatro obreros:

Un oficial de pala, que ganará.....	10,25
Un ídem de masas.....	10
Un ídem de peso.....	9,50
Un maquinista.....	9,25

2.º De 541 a 675, cinco obreros:

Un oficial de pala.....	10,75
Un ídem de masas.....	10
Un ídem de peso.....	9,50
Un maquinista.....	9,25
Un ayudante.....	9

3.º De 676 a 810, seis obreros:

Un oficial de pala.....	11,25
Un ídem de masas.....	10,50
Un ídem de peso.....	9,50
Dos maquinistas, cada uno.....	9,25
Un ayudante.....	9

4.º De 811 a 945, siete obreros:

Un oficial de pala.....	11,50
Dos oficiales de masas, cada uno.....	10

	Pesetas
Un oficial de peso.....	9,50
Dos maquinistas, cada uno.....	9,25
Un ayudante.....	9
5.º De 946 a 1.080, ocho obreros:	
Un oficial de pala.....	11,75
Dos oficiales de masas, cada uno.....	10
Un oficial de peso.....	9,50
Dos maquinistas, cada uno.....	9,25
Dos ayudantes, cada uno.....	9
6.º De 1.081 a 1.215, nueve obreros:	
Un oficial de pala.....	12,25
Dos oficiales de masas, cada uno.....	10
Un oficial de peso.....	9,50
Dos maquinistas, cada uno.....	9,25
Tres ayudantes, cada uno.....	9
7.º De 1.216 a 1.350, diez obreros:	
Un oficial de pala.....	12,50
Dos oficiales de masas, cada uno.....	10
Un oficial de peso.....	9,50
Dos maquinistas, cada uno.....	9,25
Cuatro ayudantes, cada uno.....	9

NOTA. Para rebasar esta fabricación será necesario previo acuerdo entre las representaciones de patronos y obreros.

OTRA. Todo obrero seguirá percibiendo un kilogramo de pan.

Concentración de la industria

El Vocal que suscribe, miembro de la Comisión informativa acerca del llamado problema del pan y de la posible reforma de la industria de panificación, considera:

1.º Que para solucionar en gran parte el problema del precio del pan es indispensable aceptar en principio la concentración de la industria libre, dividiendo el término municipal de Madrid en cinco sectores y comprendiendo en cada uno de éstos dos distritos, en los que quedarían funcionando 18 hornos de pan candeal, 5 de francés y 7 de viena.

2.º Que clausurados los restantes, unos por falta de condiciones higiénicas y sanitarias y otros por la imposibilidad de sufrir ampliación y reforma, quedarían funcionando en todo el término municipal 90 hornos de pan candeal, 25 de francés y 35 de viena, que son los suficientes para producir todo el pan que actualmente se consume en Madrid

3.º Que concentrada la industria en la forma propuesta (ahorrando sumas importantísimas por alquileres, luz, fluido, contribuciones, personal administrativo, etc.) debería limitarse la reventa del pan en puestos a 40 de éstos, 80 por sector, más los despachos de las fábricas, y únicamente surtirse cada sector de las fábricas enclavadas en el mismo y de las más próximas, lo que ocasionaría el poder disminuir la comisión de venta y el coste del reparto, que hoy asciende por ambos conceptos a 0,07 pesetas en kilogramo de pan. Los despachos deberían ser sucursales de fábricas y sólo de ellas poder surtirse del artículo elaborado en sus tres clases de candeal, francés y de viena.

4.º Que debe declararse que en la forma que hoy está organizada la administración de las fábricas y tahonas contribuye asimismo al encarecimiento del precio del artículo, y que el patrono deberá en lo sucesivo, dentro de las prescripciones legales, procurar reformarla, implantándola con elementos propios y no con dependencia impuesta por elementos ajenos.

5.º Que asimismo debe hacerse constar que es necesario reformar el horario del trabajo obrero y el rendimiento del mismo, sin discutir por ahora el jornal, para poder elaborarse el artículo en mejores condiciones de las que se realiza, competir con el pan que se elabora en los pueblos comarcanos y reducir por la mayor producción el coste actual en la mano de obra, que llega a 0,08 pesetas por kilogramo, consiguiéndose que cada cuadrilla obrera produzca 150 kilogramos de harina por hombre en el pan candeal, 110 en el francés y 80 en el de viena.

6.º Que debe proscribirse el reparto del pan a sucursales hecho por obreros y emplearse medios mecánicos como camionetas, camiones, etc. y quedar en libertad el fabricante para organizarlo con personal competente y de su exclusiva elección.

7.º Implantada la concentración industrial con las reformas indicadas y conocido el ahorro que pudiera obtenerse en el margen diferencial, hoy señalado al precio del kilogramo de pan candeal en relación con el de harina las dos terceras partes del mismo, se destinarían a rebajar el artículo en beneficio del vecindario consumidor, y la otra tercera parte a formar un fondo, con el que se reintegraría al Municipio de las cantidades que hubiera tenido que satisfacer a los industriales cuyas tahonas hubieran sido clausuradas para lograr la concentración, y cuya indemnización la estimamos justa dado que han venido ejerciendo su industria al amparo de licencias que el propio Municipio les concedió.

Reintegrado el Ayuntamiento del precio de las indemnizaciones, se rebajaría el del artículo la tercera parte del margen fijado o, mejor dicho, ahorrado con la implantación de esta reforma.

8.º Una vez acordada la tan repetida concentración industrial e implantada dentro del término municipal, no se podrían conceder

nuevas licencias para la fabricación del pan, como no fuera en fábricas que reunieran la elaboración de las tres clases —candeal, francés y viena—, que en ellas se implantaran todos los modernos adelantos de la industria de la panificación, así en hornos como en maquinaria, cámaras frigoríficas, etc. y cuya producción mínima fuese de 10.000 kilogramos de pan candeal, 3.000 manos de francés y 5.000 de viena. Tampoco se concederán licencias para nuevos despachos como éstos no vinieran a surtir a uno de los cerrados y siempre que fuesen propiedad de un fabricante y sucursal de su tahona. —El Vocal, REMIGIO SÁNCHEZ COVISA.

Municipalización parcial y directa sin monopolio

(No se inserta este trabajo por no haberlo remitido el Ponente,
D. Angel Galarza.)

Criterio que sostiene el que suscribe como Vocal de la Comisión nombrada por el excelentísimo señor Alcalde Presidente para estudiar la reorganización de la industria panadera

Es necesario, para sentar conclusiones sobre el problema, tener presente tres cosas esenciales:

- 1.º Finalidad que se persigue.
- 2.º Elementos de que la industria dispone para conseguirlo; y
- 3.º Cómo se desenvuelve actualmente la industria.

FINALIDAD.—En virtud de mandato de la Junta Central de Abastos, la de la Provincial de Madrid nombró una Comisión formada por Vocales de su seno en unión de elementos patronales y obreros de la industria, de elementos técnicos y representantes del Ayuntamiento, encargándola elaborara un proyecto de reorganización de la industria panadera que permitiera vender el kilogramo de pan candeal llamado de familia al mismo precio que resulte el kilogramo de harina empleada en su elaboración.

Constituída la Comisión, la representación municipal recabó para el Ayuntamiento el resolver este problema por estimar que es un problema de exclusiva competencia municipal, criterio que compartieron la referida Comisión, primero, y la Junta Provincial de Abastos, después.

Al declinar la Junta Provincial de Abastos esta facultad en el Ayuntamiento, el señor Alcalde, haciendo uso de lo que determina el artículo 40 del Estatuto Municipal, designó esta Comisión, encargándola el estudio e informe sobre la transformación de la industria panadera.

De estos antecedentes se desprende claramente que la finalidad no puede ser otra que cumplir el mandato de la Junta Central de Abastos de que se *llegue a vender el pan candeal en piezas de uno y medio kilogramo al precio de coste del kilogramo de harina.*

ELEMENTOS DE QUE LA INDUSTRIA DISPONE.—Para la elaboración de 183.000 panes de candeal, 58.000 manos de pan francés y 70.000 manos de pan de viena, que hacen un total de 311.000 kilogramos o panes, que es la cantidad que se elabora actualmente en Madrid, se dispone de:

116 tahonas de un horno; total, 116 hornos.

48 ídem de dos íd.; íd., 96 íd.

5 ídem de tres íd.; íd., 15 íd.

2 ídem de cuatro íd.; íd., 8 íd.

3 ídem de cinco íd.; íd., 15 íd.

1 ídem de seis íd.; íd., 6 íd.

1 ídem de ocho íd.; íd., 8 íd.

1 ídem de 14 íd.; íd., 14 íd.

1 ídem de 23 íd.; íd., 23 íd.

Que hacen un total de 178 tahonas con 301 hornos, de estas 178 tahonas elaboran una sola clase de pan: 91, candeal; 12, viena, y 10, francés; total, 113; 50, dos clases; 11, tres clases, y dos, las cuatro clases de pan que en Madrid se consumen.

Dos fábricas no funcionan y 39 hornos no se usan.

De las condiciones de las tahonas y de su *outillage*, hable por mí la Comisión que, nombrada por el excelentísimo Ayuntamiento en 1914 y presidida por el Sr. Alvarez Arranz, dijo en su dictamen lo siguiente:

IMPRESIÓN DE LA INDUSTRIA.—La visita a la mayor parte de las fábricas que al azar elegimos entre los distintos grupos, nos produjo un efecto deplorable. No podemos sustraernos al impulso de referir algo de lo mucho que vimos, un poco de lo que ante nuestra vista ocurriera, y que servirá para dar idea, aunque imperfecta, de la vida de la industria que examinamos.

Faltos los locales de condiciones de higiene, los obreros se hacían en pequeñas estancias; las harinas se conservan en habitacio-

nes reducidas, hasta en pasillos oscuros, y apilados los sacos formando altas trincheras, la falta de aireación y el exceso de peso ha de hacer que fermenten los colocados en las capas inferiores.

El operario, a quien hemos visto llegar luciendo buen porte, limpio y cuidadoso en sus vestidos, se transforma a poco de entrar en la fábrica; es bien pronto aligerado de la mayor parte de su ropa, casi desnudo de medio cuerpo arriba. Su camisa, su calzado, hasta lo que sus pies cubriera es depositado algunas veces en la cesta que luego cambia su contenido para transportar el pan que va a ser nuestro primer alimento.

Entre tarea y tarea, sobre la mesa de heñir, se dispone la cena que repone las fuerzas en el trabajo perdidas, sirviendo de asiento de los portaviandas, y de asiento también, algunas veces, de las propias personas.

El agua para amasar es de pozo, no siempre potable, habiendo presenciado en alguna parte cómo el agua de Lozoya, antes de ser empleada, marcha por el conducto que un tubo le proporciona para ir a parar a la cisterna, de donde será extraída para mezclarla con la masa.

Los trescientos grados de calor del horno harán después, a modo de Jordán, que borre tanta impureza y falta de higiene; pero el caso es, que la elaboración se hace en tales condiciones, que es difícil, si no imposible, que la pluma consiga transmitir la impresión recibida, acierte a reflejar débilmente lo que los ojos vieron y los sentidos percibieron en unas cuantas noches de vigilia, que por bien empleadas diéramos a cambio de lo que nos ilustraron sobre algo, si no por completo desconocido, por lo menos que no se comprende con exactitud por referencias o noticias que pudieran ser suministradas.

Las operaciones de la fabricación son anticuadas; si nuestros antepasados volvieran a la vida de los días presentes, no quedarían ciertamente asombrados de los aires de progreso que hayan refrescado la industria de la panadería madrileña.

Las amasadoras que se usan no son las más perfectas. Los cilindros bregadores pequeños obligan al operario a recoger la masa

a cada pesada, para arrojarla de nuevo a la presión. Ninguna hemos visto con mesa de vaivén, ni con rejilla protectora de accidentes del trabajo.

Se corta la masa a mano con ausencia del panímetro, que no se usa porque tal vez no se conoce, teniendo luego que hacerse el peso pieza por pieza. Ni la masa se lleva más que a hombros, ni la harina se transporta más que sobre las espaldas del obrero, ni el pan luego se conduce en carretillas.

No hemos encontrado ni un pequeño laboratorio para ensayar las harinas, ni un solo aparato para su reconocimiento y clasificación. Sin duda se fía todo al fabricante de harinas o quizá al consumidor que aceptará el pan que le den.

Los hornos son de construcción arcaica. En su mayor parte se caldean con leña, quemando aún la gavilla y la lumbrera, necesitando nuevos caldeos a cada hornada; no hemos visto los de suelo giratorio ni hornos tubulares, y muy pocos de calefacción continua.

El empleo del pirómetro es desconocido; el grado de calor es apreciado asomando la cabeza a la boca del horno, o introduciendo la mano para percibir la temperatura.

¿Para qué seguir trazando las líneas del cuadro en que se desenvuelve la mayor parte de la vida de la industria panadera madrileña? Lo dicho es lo suficiente a nuestro propósito.

En las primeras reuniones que celebró esta Comisión, afirmaba el representante del Sindicato de Patronos panaderos, que los juicios que anteceden eran exagerados, y que desde la época en que actuó aquella Comisión se había transformado sensiblemente la situación de las fábricas de pan, lo cual obligó a que por esta Comisión se hiciera una visita a la totalidad de las tahonas enclavadas en el término municipal de Madrid.

Realizada esta visita, hemos podido confirmar la triste realidad descrita por la Comisión que actuó el año 1914; como manifestaba aquella Comisión, es difícil, si no imposible, que la pluma consiga transmitir la impresión recibida. Tal es el estado de punible abandono por parte de las Autoridades que cuesta trabajo creer que éstas hayan existido.

Se sigue elaborando el pan en Madrid en las vergonzosas condiciones entonces descritas, ausentes en la generalidad de las tahonas las más elementales reglas de salubridad e higiene; una gran parte en cuevas inmundas, y en locales reducidísimos y sin ventilación donde se respira una atmósfera viciada por la suciedad y el olor emanado de las bajadas de los retretes en unos casos, de atarjeas y alcantarillas en otros; los obreros que trabajamos en la industria, a más de realizar nuestra labor en estos infectos locales, lo hacemos sin la mínima garantía para nuestra seguridad personal, pues, las nada modernas máquinas funcionan con las poleas sin alambradas aisladoras, con los engranajes al descubierto, las correas cruzando en muchos casos los talleres sin aislamiento alguno, las amasadoras y refinadoras sin disparador que permita parar con rapidez en caso de accidente, lo que hace que éstos se repitan de manera aterradora; las leñeras y cisqueras sin pared que las aisle entre sí, y en muchos casos instaladas en los costados de los hornos o en medio de los patios, son un constante peligro para la seguridad del vecindario.

CÓMO SE DESENVUELVE LA INDUSTRIA.—El desenvolvimiento de la industria no tiene nada que envidiar a su instalación; las dos terceras partes de las tahonas elaboran una clase de pan, y de la otra tercera parte sólo trece fábricas elaboran las tres clases más corrientes que se consumen en Madrid.

Amparados los industriales en un régimen de libertad de industria y comercio, jamás hicieron uso de él para en lícita competencia hacer sentir sus efectos en beneficio del consumidor, por el contrario, si en alguna ocasión hubo quien pretendiera hacerlo, supo bien pronto la Asociación patronal *convencerle de que tal camino no convenía a sus intereses*.

Mas si no ha habido libertad para la lícita competencia en beneficio del consumidor, sí existe el más desenfrenado libertinaje en provecho del intermediario.

La casi totalidad de los industriales panaderos no venden directamente al público el pan que fabrican, sino por mediación de los dueños de despachos de pan y de los repartidores a domicilio, a los

que dan una comisión que, aunque reglamentada siempre su cuantía por la Asociación patronal, es alterada constantemente, según la elasticidad que les permite la mejor o peor bonanza de la industria, llegándose constantemente a un 10 por 100 (servido en los despachos) en el candeal y francés, y el pan de viena se sirve en los despachos con un margen de 20 a un 25 por 100 del precio a que se vende al público; de esta manera se da vida a unos 1 400 despachos de pan aproximadamente y a gran número de repartidores a domicilio.

Puntualizados estos extremos, que no han podido ser negados por nadie en el seno de la Comisión, he de permitirme, aunque muy modestamente, un ligero examen de las conclusiones a que llegan las representaciones de la industria.

Empieza el Sr. Benet, representante del Sindicato de patronos panaderos, haciendo una calurosísima defensa del principio de la libertad de industria y comercio, contra cuyo sistema, dice, no ha encontrado razones, sino una crítica *deleznable y absurda*. Poderosísimas razones obligarán seguramente al Sr. Benet a sostener este criterio y esta apreciación, pero olvida que universalmente se toman medidas contra la desenfrenada avaricia que este principio engendra; causa la más fundamental del caos económico actual, que sume en la miseria a una gran parte de la Humanidad, precisamente la que más produce y trabaja.

Nadie ha negado que los Códigos Civil y de Comercio proclaman este principio, como tampoco se puede negar que las Ordenanzas municipales encargaron siempre a los Ayuntamientos el velar por que artículo tan indispensable como el pan llegara al público en las mejores condiciones de elaboración y economía, y que actualmente el Estatuto Municipal en sus artículos del 169 al 179 faculta a los Ayuntamientos para municipalizar, entre otros servicios, el de *fabricación y venta del pan*.

Es necesario desconocer la vida de la industria o estar muy obligado a defenderla, para afirmar que la actuación de las Autoridades anuló la libertad de industria en la panadería.

Desgraciadamente sabe Madrid que si algunas Autoridades han procedido así en beneficio del vecindario, no han sido las suyas;

pues éstas, salvo raras y honrosas excepciones, siempre sirvieron diligentemente el interés de los fabricantes de pan; no se ha olvidado todavía que las Ordenanzas municipales se han reformado varias veces en provecho de los industriales, anulando derechos del vecindario; que los fabricantes de pan han alardeado varias veces de tener sometidas a las Autoridades a sus intereses, de tal forma, que la acción municipal fué casi nula para perseguir el fraude, por estar interesados la mayoría de los encargados de realizarla en que éste continuara; que en algunos casos se prestaron las Autoridades a boicotear a aquellos industriales rebeldes a las decisiones del Sindicato patronal.

Sabe el pueblo de Madrid que fueron pocas veces las que comió el pan a un precio justo, y la situación de las tahonas dice bien claramente que no han tenido los industriales la más pequeña traba para su desenvolvimiento.

El solo hecho de que haya posibilidad de reclamar indemnizaciones en derecho, caso de clausurar aquellas tahonas que están siendo un constante atentado a la salud pública, por estar amparadas en las Ordenanzas municipales, no deja lugar a dudar de que nunca fueron las Autoridades freno que impidiera a la industria desenvolverse con libertad.

Afirma el Sr. Benet que la limitación en la producción y las normas y restricciones impuestas por la organización de los obreros, fué obstáculo insuperable al normal desenvolvimiento y progreso industrial. Regula la producción un contrato de trabajo suscrito por una Comisión de obreros y patronos; y es necesario recordar que el Sindicato patronal sobornó con *diez mil* pesetas a toda o parte de la Comisión obrera, para que ésta impusiera a la organización este contrato, negando el derecho a discutirle y hacer objeciones; y en medio de una constante violencia se consiguió que la Sociedad de obreros en pan candeal autorizara la firma de dicho contrato.

La Sociedad de obreros en pan francés fué lanzada al *lock-out*, por negarse a aceptar, el que en esta Sección rige, y lo aceptaron después de estar un mes en huelga.

Las normas que regulan el trabajo en el pan de viena fueron convenidas el año 1907, en ocasión de estar los obreros de esta especialidad divididos en dos Sociedades, y no ha sufrido otra alteración que el aumento en los jornales en una proporción inferior al aumento en el coste de la vida. No pudiéndose esto negar por nadie, y no estipulando estos contratos alteración en el cupo de producción.

¿Con qué razón afirma el Sr. Benet que en este aspecto somos los obreros un obstáculo para el desenvolvimiento de la industria?

No puede afirmarse, con razón, que haya pretendido la industria renovar el *outillage* y lo hayamos impedido los obreros al querer seguir manteniendo la misma producción con el mismo personal. Jamás hubo patrono que lo intentara, porque al haberlo hecho no hubiera encontrado por parte de los obreros otra cosa que facilidades.

¿Son vanas palabras, como se afirma que lo son mis afirmaciones, de que sería mayor la producción el día que varíen las condiciones de las tahonas?

Un hecho: La fábrica que construyó la Panificadora Popular Madrileña, no es, ni mucho menos, un modelo en cuanto se refiere al *outillage* montado para la elaboración del pan; mas, no se puede negar que sus condiciones para la producción son muy superiores a las que reúnen la totalidad de las tahonas instaladas en Madrid; pues llegado el momento de contratar con dicha entidad las Sociedades de obreros panaderos, no se pensó en hacerlo por obra realizada, sino por jornada, y se estableció la de *siete* horas en trabajo nocturno y *ocho* en diurno, con un descanso de una hora para comer.

Los equipos de obreros se establecieron a base de los necesarios para que funcionaran seis hornos, con seis oficiales de pala, tres de masas, tres de peso, más los subalternos necesarios, con lo que se obtenía una gran economía en la producción, al resultar ésta en mayor proporción por hombre y necesitar un número mucho menor de oficiales; pues en la industria actual son necesarios por horno un oficial de pala, dos de masas y uno de peso, y los subalternos, según los cupos de fabricación.

Afirma el Sr. Benet que los conflictos sociales fueron siempre promovidos por los obreros.

Si quiere decir que desde la época en que se trabajaba *veinte* horas diarias, con jornales que oscilaban entre *dos a seis* reales, y dos ranchos, que tenían que confeccionar los mismos obreros, cuantas mejoras se han conseguido hemos tenido que arrancarlas por la fuerza de la organización, porque los patronos jamás estuvieron propicios a reconocer nuestro derecho a vivir como seres humanos, y no como bestias, en ese caso tiene razón.

Mas, si no pudo negarse nunca la justicia de nuestras reivindicaciones, la responsabilidad por los conflictos surgidos es de quien procuró enriquecerse a costa de nuestra esclavitud, sin querer dar oído a la justicia de nuestras demandas.

Ni quisimos, ni queremos promover conflictos, que causan perjuicios al vecindario y que nos imponen dolorosos sacrificios; y esta afirmación la prueba el hecho de que tanto en los contratos actuales, como en el que suscribimos con la Panificadora Popular, se recomienda la resolución de las diferencias a un tribunal mixto, y, caso de no haber acuerdo, a la Junta local de Reformas Sociales.

En los libros de actas de nuestras organizaciones abundan los testimonios de conflictos resueltos por el tribunal mixto, en los que los obreros hubimos de reconocer y reprimir faltas cometidas por compañeros nuestros; jamás conseguimos que los patronos reconocieran y sancionaran nuestras reclamaciones, ni que se sometieran al arbitraje pactado.

En el terreno de las suposiciones, al Sr. Benet le parece lógico que los obreros propugnemos por la municipalización, porque de esta manera, no sufriendo la competencia de los patronos y familiares, seremos dueños de la situación con sólo emplear la amenaza de la huelga.

Jamás pudieron sustituir nuestro trabajo en caso de huelga, a más que sabemos muy bien que es más fácil vencer a muchos patronos pequeños, en los que siempre los intereses encontrados les hace quebrar la unión y disciplina, que a un solo patrono, siempre

fuerte y poderoso, que no tiene que temer la competencia de nadie por ser dueño absoluto del mercado. Si hubiera elevado el pensamiento hubiera adivinado que nuestro interés porque desaparezca la actual organización de la industria es porque tenemos la firme convicción de que es la única manera de que alimento tan indispensable como el pan llegue a poder adquirirle el vecindario (en gran parte trabajadores, a quien nos unen estrechos vínculos de solidaridad) a un precio justo. Que el justo anhelo de los obreros panaderos de trabajar completamente de día es una quimera con la industria actual sin causar perjuicio al vecindario, cosa completamente factible al transformarse la industria, que solamente de esta manera podrán ser sustituidas las actuales fábricas (donde constantemente intoxicamos nuestro organismo) por otras donde la labor pueda realizarse de manera más racional y humana.

Y no le queda duda al Sr. Benet de que con la solución que propugnamos se aminoran grandemente los conflictos sociales, puesto que ni el Ayuntamiento puede tener la industria como lucrativo negocio, ni los obreros podremos ver en él al patrono que se enriquece a costa de nuestro esfuerzo.

Es, a mi juicio, un absurdo sostener que la industria fraccionada en pequeñas fábricas produce con mayor economía que concentrada en grandes fábricas; pues la asidua constante e ininterrumpida intervención del industrial y sus familiares, que con el máximo interés y afán de lucro, ahorra y aprovecha primeras materias y sustituye la intervención de dos o tres operarios, supone en la industria actual más de *cuatrocientos* jornales, que los industriales cargan al producto cuando de fijar el precio del pan se trata, y estas actividades se sustituyen ventajosamente en las grandes fábricas con un puñado de encargados de taller, que también tienen gran interés en asegurar y no perder el sueldo que perciben, a más del ahorro importantísimo que supone en alquileres, contribución, personal, fluido y luz, al estar concentrada la fabricación en ocho o diez fábricas en lugar de las 178 actuales.

No ignora esto la representación patronal, y forzada a reconocerlo, afirma que la cifra total de gastos generales que se ahorraría

con la industria concentrada se superaría con creces con los gastos de transporte.

Es peregrina la afirmación, después de haber afirmado constantemente que grava en 0,03 ó 0,04 pesetas en kilogramo de pan la actual distribución, y no puede ser de otra manera habida cuenta de que en el régimen de libertad industrial todo fabricante busca mercado para sus productos donde le place, sin más limitación que la que impone el interés industrial; y como siempre se tuvo en cuenta la situación de la industria para marcar el precio del producto, es general el caso de que una fabricación de 1.000 kilogramos es distribuida entre 15 ó 20 despachos de pan, no los más próximos a la fábrica, sino allí donde el fabricante puede encontrar al cliente: el pan elaborado en la calle del Rosario, se vende en despachos de la del Cardenal Cisneros y en la glorietta de Atocha; el de la calle de Ponciano, por la Ronda de Segovia y el barrio de Abascal; el de la calle de Santiago, por el paseo de las Delicias, Embajadores y Vallehermoso; en la calle del Almendro, el de los Cuatro Caminos, y en los Cuatro Caminos y Argüelles, el de las tahonas enclavadas en el distrito del Hospicio. Haciéndose esta distribución por obreros que transportan el pan a la cabeza, no es hiperbólico afirmar que una camioneta arrastra el pan que diez hombres, y nadie dudará de que lo hará con muchísima más rapidez, y si a más de esto se organiza la distribución por sectores, bien claro se ve que de esta manera se obtendrá una gran economía.

Es también gratuita la afirmación de que el reparto tenga que efectuarse en una o dos horas; pues las hornadas se repiten constantemente desde las primeras horas de la mañana hasta las dos y las cuatro de la tarde.

Aunque lo niegue la representación patronal, existe, ha existido y se ha impuesto siempre la confabulación entre los industriales; se ha buscado (y se obtuvo algunas veces) la confabulación entre éstos y los obreros y entre industriales y Autoridades: recuerdos nada gratos conserva la Compañía Triguera.

Es muy reciente el hecho de obligarse a los patronos a depositar letras firmadas en blanco por valor de *dos mil pesetas*. Demostrado

quedó en el Gobierno civil no hace mucho que por negarse un patrono a pagar una multa de 2.000 pesetas se le dejó (por medio de coacción) sin clientela, multa que hubo de pagar si quiso recobrar aquélla.

De esta desastrosa organización industrial a nadie que no sea a su propia desidia pueden culpar los señores fabricantes, y las supuestas opresiones que les ha acogotado, impidiéndoles transformar la industria, es bien notoria que no les ha impedido enriquecerse a gran número de ellos.

Resume sus juicios la representación del Sindicato patronal propugnando en indiscutible derecho a regir la industria con absoluta libertad, cuidándose muy bien de negar ésta a los obreros que, por ser elemento indispensable para la industria, tienen indiscutible y reconocido derecho a asociarse para hacer valer su personalidad y defender su trabajo; niegan la libertad que para ellos reclaman a las Autoridades para que cumplan con el inexcusable deber de velar por los intereses del vecindario; a los dueños de despachos de pan, para que libremente desarrollen su comercio; y, al vecindario, el derecho a consumir el pan en buenas condiciones y bien pesado; pues es bien sabido que aún con los rutinarios métodos actuales de fabricación, las piezas de pan candeal pueden expendirse con su peso exacto; el pretender establecer el sistema de la rebanada que ha de completar el peso, es buscar la libertad para el fraude, puesto que se sabe que la psicología del público madrileño repudia y rechaza este sistema.

No creo cometer una indiscreción al afirmar que el Sr. Benet propone esta solución para satisfacer las exigencias de sus representados, convencido de que si fuera aceptada no serviría para otra cosa que para dejar pasar el tiempo.

No resuelve el problema planteado en primer término, porque habiéndosenos encomendado que estudiemos la forma de que el pan *candeal en piezas de uno y medio kilogramo pueda expendirse al precio de coste del de la harina empleada en su confección*, el señor Benet, en su propuesta reconoce como indispensable un margen diferencial.

No resuelve su propuesta el desastroso estado de las fábricas, porque es bien sabido que el 90 por 100 de éstas no es posible reformarlas para que reúnan el mínimum de condiciones que determinan las deficientísimas Ordenanzas municipales; y que por injusto e intolerable no habrá Ayuntamiento que se determine a reformar las Ordenanzas, si no es en sentido progresivo, lo que hará más imposible el que pueda reformarse las actuales fábricas.

No puede consentirse un régimen de libertad para la industria y negarse el mismo para los dueños de despachos, y confesado está por la representación patronal la incapacidad de los industriales para suprimir este gravamen consentido y estimulado por ellos con el régimen de libertad industrial.

No es posible que las Autoridades declinen dignamente la facultad y el deber de velar por los intereses encomendados a su actuación.

No puede imponerse una mayor producción a los obreros, porque éstos, haciendo valer su personalidad universalmente reconocida y su derecho, amparado por las leyes españolas, a discutir y contratar con los patronos las condiciones de trabajo, no estamos dispuestos a hacer dejación de nuestra personalidad, ni a consentir que en las actuales fábricas, que por sus desastrosas condiciones de higiene y salubridad hacen que los obreros que en ellas trabajamos rindamos el tributo mayor entre todas las profesiones a la tuberculosis y ocupemos el segundo lugar en el porcentaje de mortalidad, sea aumentada la jornada, reputando de sarcasmo el respeto invocado a las leyes sociales, por quienes jamás las tuvieron en cuenta para otra cosa que para burlarlas.

He de rechazar por inexacta la afirmación hecha en el seno de la Comisión y recogida en ambas conclusiones por los Sres. Covisa y Benet, de que la administración actual de las tahonas es impuesta por la organización obrera.

En 117 tahonas no existe dependencia alguna afiliada a la organización obrera, por desempeñar estas plazas los patronos o sus familiares, y jamás se nos ocurrió el pretender ocupar estas plazas por dependientes afiliados al Sindicato.

En las 61 restantes rigen los métodos o sistemas de administración que le place al patrono, sin más limitación que la señalada por la ley de la Jornada mercantil que la organización obrera procura hacer cumplir.

Estos obreros se asociaron siendo ya profesionales y ocupando plazas en las tahonas, en uso de un perfecto derecho vigente para los actuales y para los futuros, que proporciona a la organización la ventaja de poder defender los intereses del vecindario en casos como las dos anteriores incautaciones, en las que sin el concurso de estos obreros, unido al de repartidores y obreros del taller se hubieran impuesto los patronos panaderos al vecindario y Autoridades.

A pesar de que los 20 céntimos ó 162 milésimas que, según el estado presentado por el Sr. Benet, cuesta la elaboración de un kilogramo de pan candeal, es la mayor demostración que puede hacerse de lo ineficaz que es su propuesta para resolver el conflicto del pan. No resisto la tentación de un ligero comentario.

No había necesitado el representante patronal acudir a San Sebastián, para presentar a la Comisión el contraste de dos fabricaciones, hubiera elegido hábilmente dos del mismo Madrid, y con sólo recargar un poco las tintas hubiera obtenido el mismo resultado, mas ha sido poco hábil y ha dejado al descubierto las patas del violín.

En sus estados hay gastos fijos importantes como alquileres, contribución y otros (que a simple vista se observan), que en un caso divide entre 2.000 kilogramos, y otro entre 977; siendo forzoso un mayor recargo en el caso que divide entre menor cantidad.

Al grupo de Madrid carga los jornales del grupo de ocho hombres, a pesar de elaborar de 946 a 1.080 kilogramos; él distribuye solamente entre 977, a pesar de lo cual solamente corresponde por jornales siete céntimos 854 milésimas, cargando el Sr. Benet, por la ración de pan y el consumido en el taller, exactamente un céntimo y una milésima que, multiplicada por 977, da un total de nueve pesetas, 77 céntimos y 977 milésimas.

La ración de los obreros (8) son ocho kilogramos y el consumido en el taller no llega a dos, para los que es necesario emplear, apro-

ximadamente, ocho kilogramos y medio de harina, que costaban, cuando el Sr. Benet hizo su estado, 5 pesetas 10 céntimos.

También se le ha olvidado hacer constar que, en contra de lo que determinan los Reales decretos que establecen la jornada máxima, uno, y la jornada nocturna en las panaderías, otro, en San Sebastián se obliga a trabajar a los obreros panaderos doce y trece horas diarias.

El Sr. Covisa, que en la Comisión lleva la representación de las Sociedades anónimas de panificación, propone para solucionar en *gran parte el problema del precio del pan*, la concentración de la industria libre. Y se nos ocurre pensar, cómo si de concentrar la industria libre se trata para seguir desenvolviéndose libremente, se trae esta propuesta a la Comisión para que la eleve al Ayuntamiento, puesto que lo más lógico sería divulgarla entre los industriales, convencerles de su bondad, y, de acuerdo, ponerla en ejecución.

Mas recordamos perfectamente que esta labor la realizó el señor Covisa en el mes de enero de 1921, proponiendo a los industriales, por medio de circular, la creación de una gran Sociedad anónima en la que se garantizaba el respeto de todos los intereses creados en la industria y los ingresos que en aquella época obtenían los industriales, a más de la sustitución de las actuales fábricas por grandes fábricas de panificación.

Recordamos también que un fabricante de Madrid, D. José Rodríguez, propuso a la industria unas bases de concentración industrial, aunque diferentes en la forma, idénticas en el fondo a las propuestas por el Sr. Covisa, y en febrero del año anterior, el actual Director general de Abastos, en representación de la Junta Provincial, convino y firmó con la representación de la industria unas bases de concentración industrial.

También recordamos que los industriales panaderos siempre se negaron a seguir esta orientación.

No duda el que suscribe que con cualquiera de estos proyectos, al concentrarse la dirección de la industria, suprimiendo una considerable cantidad de gastos, ésta se regeneraría de sus muchas

lacas y encontraría grandes beneficios; mas los fabricantes de pan desconfían de llegar a percibir las ventajas de la concentración, y yo afirmo que quien seguramente no percibiría beneficio alguno sería el vecindario.

Si el Sr. Covisa no ignora lo que antecede y sabe que la concentración hay que imponerla (a qué hablar de industria libre).

Para llevar a cabo su proyecto sería necesario que el Ayuntamiento clausurara e indemnizara al 60 ó 65 por 100 de las fábricas de pan. Expropiara e indemnizara la totalidad de los despachos de pan para clausurar unos y entregar otros a los industriales.

No se olvida de pedir que los obreros trabajemos más y nos produzcamos más mansamente para que se aleje toda posibilidad de competencia; pues el pretender que no se autorice la apertura de nuevas fábricas, sin las condiciones que señala, hace que por el gran capital necesario para establecerlas y el riesgo que supone entrar en competencia con quien tiene acaparado el mercado, nadie se arriesgaría a emprender tal empresa.

Según el Sr. Covisa, los beneficios de este proyecto hay que agrandarlos a que, una vez implantado el nuevo sistema, se conozcan sus resultados, y podría ocurrir que se dieran tal maña los gestores de la nueva industria que, por no rendir lo suficiente, no pudiera reintegrarse el Ayuntamiento del desembolso hecho para clausurar tahonas y despachos, y el vecindario tuviera que estar agradecido a la Empresa porque no reclamara un mayor margen que el actual.

Las causas que motivan el excesivo precio del pan, en relación con el de las harinas, son, a juicio del que suscribe, el excesivo número de tahonas que con una mínima fabricación de pan candeal han de cubrir los grandes gastos que lleva consigo un establecimiento.

Las pésimas condiciones de éstos que no permite que dé un mayor rendimiento el esfuerzo realizado por los obreros la jornada de trabajo.

La desastrosa organización del reparto.

El excesivo número de despachos y revendedores.

El haber segregado la fabricación de la harina de la del pan, pues es un absurdo haber hecho dos industrias separándolas totalmente y dándolas diferente orientación donde hubo una sola, fué aquella época en que se molía el trigo en las tahonas la de máximo esplendor de la industria.

Está demostrado que la industria actualmente, por su desastrosa organización, por los deficientísimos elementos con que cuenta y por la incapacidad demostrada por los industriales para transformarla, necesita para su desenvolvimiento de un excesivo margen diferencial (según la representación patronal no puede ser inferior a 10 céntimos) en el pan candeal.

La solución propuesta por el Sr. Benet no puede satisfacer la finalidad que se busca, por implicar que las cosas sigan poco más o menos como en la actualidad.

Lo hecho por el Sr. Covisa, al ser constantemente rechazado por la industria, no hay posibilidad de llevarlo a la práctica.

Entiende el que suscribe que la única solución capaz de resolver el problema es la de municipalizar la fabricación y venta de toda clase de pan.

Beneficios inmediatos de este sistema son el de poder suprimir los enormes gastos que hoy sostiene la industria en sus 178 fábricas, que pueden ser reducidas a un minimum de 50 a 55.

Suprimir las 17.200 pesetas que aproximadamente reciben diariamente los dueños de despachos de pan y repartidores a domicilio en concepto de comisión por reventa.

Reducir en más de la mitad el gasto por reparto, el poder organizar éste por sectores y cambiar el actual sistema por el de tracción mecánica.

Sustituir, con los rendimientos de la misma industria, las actuales tahonas por 8 ó 10 grandes fábricas de pan que, instaladas con elementos modernos, reducirían considerablemente el coste de elaboración y mano de obra.

Agregar a los beneficios de fabricación de pan los de la fabricación de harinas.

Evitar los constantes conflictos que periódicamente turban la

tranquilidad del vecindario y Autoridades; y conseguir, desde el primer momento de adaptado el sistema, que el vecindario consiga adquirir el kilogramo de pan candeal al mismo precio de coste del kilogramo de harina.

Cuando hace algunos años propusimos los obreros panaderos, como solución a este problema, el de declarar servicio público y municipalizar la industria del pan, se consideró esto una utopía, que sólo podíamos proponer llevados de un exagerado espíritu doctrinal.

Después recordamos que elementos nada sospechosos propugnarón esta solución, y hubo un Ministro de la Gobernación que en Real orden encargaba al Ayuntamiento municipalizara la industria del pan.

Posteriormente otro señor Ministro prometía al Ayuntamiento que el Gobierno garantizaría la operación de crédito para llevar a cabo esta solución.

En la anterior Junta Central de Abastos, una ponencia, de la que formaba parte, entre otros señores, el entonces Subdirector de Agricultura, Sr. Arche, emitió dictamen en este sentido. En el trabajo premiado por el Ayuntamiento el año 1923 sobre «Política de Abastos», del que son autores los Sres. López Hermoso y Cano, funcionarios del Negociado de Abastos del Municipio, se reconoce que la municipalización es la única solución que satisfaría las necesidades del vecindario. Y, finalmente, el Estatuto Municipal admite este principio y faculta a los Ayuntamientos para que lo lleven a efecto.

Entiende el que suscribe que la municipalización debe ser por gestión directa del Ayuntamiento, por medio del Consejo de Administración que determina el artículo 174 del Estatuto Municipal.

Considero funesto para los intereses del Ayuntamiento y del vecindario el que fuera arrendado o subrogado a una Empresa particular el servicio de abastecimiento de pan; pues si es lícito y moral la creación de monopolio en provecho de la comunidad, no lo sería igualmente entregar los intereses del pueblo de Madrid a la insaciable avaricia de una entidad explotadora del negocio, que va-

lida de la especial situación que le crearía el no tener concurrencia en el mercado, bien pronto burlaría los compromisos contraídos, imponiéndose a Ayuntamiento y vecindario (y más admitiendo como muy posible el que los concesionarios fuesen todos o parte de los actuales fabricantes constituidos en Empresa). No puede olvidarse el comportamiento de Empresas como Pompas Fúnebres, Electra, Tranvías, etc., etc.

Ni sería justo expropiar a unos industriales para entregar en monopolio la industria a otros.

A pesar de las razones oídas a algunos señores de la Comisión, no puedo llegar a comprender el por qué lo que había de ser un buen negocio en manos de particulares no lo había de ser en las del Ayuntamiento.

No se puede afirmar que éste sea modelo de perfección, está muy lejos de la época (no tan lejana) en que nuestro Ayuntamiento merecía duros reproches por su falta de escrupulosidad en su gestión; mas sinceramente, creo que si pusiera voluntad y decisión tiene capacidad y elementos suficientes para llevar a cabo la empresa con relativa facilidad.

No se me oculta que esta solución impone de momento sacrificios económicos; mas considero que bien lo merece la resolución de problema que tantas inquietudes ha hecho y hace sufrir al pueblo madrileño.

Ni me siento capaz ni creo que sea misión de esta Comisión fijar la cuantía necesaria para esta solución; mas rechazo, desde luego, aquellas opiniones que la hacen ascender a un número considerable de millones.

Si el Ayuntamiento se decidiera por esta solución, la Comisión que determina el artículo 171 del Estatuto Municipal podría basar sus estudios:

1.º En la indemnización por expropiación de 50 ó 55 fábricas que, escogidas entre las actuales, son suficientes para elaborar el pan necesario para el abastecimiento.

2.º De la indemnización por el valor industrial a los dueños de las restantes fábricas al no permitírseles seguir fabricando.

3.º De la indemnización por expropiación de 300 de los actuales despachos de pan, suficientes para que el público pueda surtir con facilidad.

4.º Del capital para la adquisición o construcción inmediata de las fábricas de harinas necesarias para el abastecimiento.

5.º Del capital inicial preciso para el desenvolvimiento de la industria.

El pan habría de venderse al público en las fábricas y despachos del Municipio al precio que acordara el Ayuntamiento, teniendo en cuenta el informe del Consejo de Administración de la industria, siempre sobre la base de que las piezas de uno y de medio kilogramo no excederá su precio del que resulte el kilogramo de harina.

Los repartidores a domicilio que desearan seguir prestando este servicio, podrían hacerlo una vez matriculados, retirando la mercancía de las fábricas o despachos al precio marcado para el público, autorizándoseles para que cobrasen a la clientela el 10 por 100 de aumento en el pan candeal y el 20 por 100 en las demás especialidades.

Hecha la municipalización de esta manera puede afirmarse que, con el rendimiento de la misma industria, en un plazo de diez o doce años se podrían haber sustituido las fábricas expropiadas por 8 ó 10 grandes, montadas con elementos modernos, y haberse reintegrado el Ayuntamiento del desembolso inicial.

Esta es la modesta opinión del que suscribe, convencido de que de llevarse a la práctica con austeridad y rectitud, resuelve de una manera justa y eficaz la añeja cuestión del pan, pudiendo afirmar que para ponerla en práctica no había de faltar la leal y entusiasta cooperación de los obreros panaderos.

Madrid, 14 de marzo de 1925.—RAFAEL HENCHE.